

ÁFRICA EN *LOS DETECTIVES SALVAJES* DE ROBERTO BOLAÑO: Viaje y aventuras

CHARLES DIDIER NOA
University of Ghana

Recepción: 25 de junio de 2025 / Aceptación: 28 de julio de 2025

Resumen: *Los detectives salvajes* (1998), de Roberto Bolaño, no solo relata viajes y aventuras por las Américas y Europa, sino que también explora espacios africanos, con especial énfasis en Angola y Liberia. Para aprehender este modo de narrar y la manera en que los personajes transitan por diversos contextos culturales, se propone un enfoque basado en una epistemología compleja, que enfatiza una perspectiva transcultural y circular. Este enfoque subraya que, en *Los detectives salvajes*, África personifica el concepto de tierra del viaje y la aventura, en la que se manifiestan ideas como el hambre, la salud, la seguridad, el lenguaje y el espíritu errante. Se infiere que la representación de África en la obra de Bolaño se constituye como un espacio que encarna la negatividad inherente a la existencia humana.

Palabras clave: conciencia, miseria, guerra, muerte, existencia.

Abstract: In his 1998 book *Los detectives salvajes*, Roberto Bolaño not only recounts travels and adventures in the Americas and Europe, but also explores African spaces, with a particular emphasis on Angola and Liberia. To understand this mode of narration and the manner in which the characters move through diverse cultural contexts, an approach based on a complex epistemology, which emphasises a transcultural and circular perspective, is proposed. This approach emphasises that, in *Los detectives salvajes*, Africa is portrayed as the crucible of travel and adventure, where concepts such as hunger, health, safety, language and the wandering spirit find expression. It is posited that the representation of Africa in Bolaño's oeuvre is a manifestation of the inherent negativity in human existence.

Keywords: conscience, misery, war, death, existence.

[75]

Introducción

En su obra *Los detectives salvajes* (1998), Roberto Bolaño expone las experiencias de los poetas, Arturo Belano, Juan García Madero y Ulises Lima en su búsqueda de revitalizar el movimiento realvisceralista, así como en la persecución obsesiva de Cesárea Tinajero, poeta y periodista desaparecida. El texto se caracteriza por una fragmentación espacial y una polifonía discursiva, en la que los testimonios de Belano y Lima se entrelazan con los de múltiples personajes —Jacobo Urenda y Simone— que, mediante relatos dispersos, reconstruyen sus viajes y aventuras a lo largo de décadas y múltiples geografías —América Latina, Europa y África—. La distribución geográfica de la trama, que abarca México, Chile, Argentina, España, Francia, Liberia y Angola, no solo refuerza el carácter nómada y detectivesco del texto, sino que también construye un mosaico de perspectivas que dinamiza la búsqueda metaficcional de los protagonistas. Como indica González (2008), esta estrategia narrativa, enmarcada en el ámbito de la construcción de la subjetividad, trasciende lo anecdótico y propone una acumulación de testimonios que posibilita la emergencia de una «identidad ficcional autónoma»¹.

De acuerdo con Zavala, *Los detectives salvajes* encarna la «afirmación de la fuga constante de una generación de poetas marginales latinoamericanos que rechaza voluntariamente su integración normalizada en un proyecto de nación y que toma distancia de la corriente literaria hegemónica» (Zavala, 2015: 28). Subraya que la estructura fragmentaria y descentralizada de la novela opera como un correlato formal de la resistencia poética: al igual que sus personajes, aventureros/viajeros y salvajes, el texto mismo evade las lógicas unificadoras de los discursos nacionalistas y literarios dominantes. Esta estética de la dispersión, según Zavala, no solo refleja la posición periférica de los protagonistas, sino que replica su ética creativa y privilegia la búsqueda errante y la disidencia frente a narrativas lineales institucionalizadas. De este modo, la obra de Bolaño trasciende lo incidental para articular una crítica a los sistemas de poder cultural, donde la «fuga constante», de Zavala, o la «circulación transnacional», de Laera (2019), se manifiesta como una estrategia de supervivencia y, simultáneamente, como un mecanismo de reinención estética en los márgenes.

Como se ha argumentado en las líneas previas, *Los detectives salvajes* de Bolaño encarna una poética del desplazamiento que se manifiesta en: la deslocalización/dislocación geográfica de la conciencia, la construcción de una subjetividad

¹ Señalamos que los esfuerzos de Bolaño por inscribir al personaje —un viajero latinoamericano, nómada y en clave detectivesca— en la dinámica de la desterritorialización responden a lo que Siskind (2019: 216) conceptualiza como una «escritura topográfica de la herida traumática que desnuda el mundo». Esta operación narrativa se articula, además, con su voluntad de apelar a un mosaico de perspectivas para reconstruir subjetividades alternativas. Este gesto puede ser interpretado como una estrategia de superación del «límite melancólico del duelo», concepto desarrollado por Siskind (2019: 216), que se encuentra intrínseco en los espacios regidos por patrones unilineales del imaginario hegemónico.

múltiple, la resistencia crítica al imaginario nacionalista, la búsqueda perpetua de espacios de libertad y la reinención estética de la narrativa. Así pues, este artículo explora la relevancia de la obra de Bolaño en el contexto africano, particularmente en Angola y Liberia, donde los viajes y aventuras de los protagonistas articulan una estética transnacional que oscila entre dos perspectivas analíticas. Por un lado, se presenta una óptica latinoamericana, que interpreta el continente a través de coordenadas culturales y filosóficas propias, y se alinea con la celebración de la heterogeneidad propuesta por Cornejo-Polar (1999) y, por otro, se presenta una epistemología afrodiaspórica², asociada al enfoque «afrogénico» propuesto por Walker (2012), que busca rediseñar las narrativas arraigadas en la praxis africana y sus diásporas.

Por lo tanto, el análisis se estructura en torno a tres ejes conceptuales derivados de las travesías de Belano y Urenda en África. En primer lugar, la tríada abismo-inercia-miseria en Angola se erige como una metáfora del colapso colonial. En segundo lugar, la dialéctica seguridad-libertad en Liberia emerge como un espacio que encarna las paradojas políticas y de los conflictos sociales. Por último, las voces migrantes en Angola y Liberia expresan representaciones de la fractura identitaria y la resistencia desde los márgenes geográficos y simbólicos. A partir de estos tres ejes conceptuales, se demostrará cómo la novela de Bolaño trasciende relatos dispares para convertir el viaje y las aventuras en un dispositivo narrativo crítico. Este acercamiento no solo cuestiona las estructuras de poder coloniales y poscoloniales, sino que también desafía las narrativas distorsionadas mediante una exploración dialéctica que vincula la experiencia africana con las dinámicas latinoamericanas.

La ontología del abismo: inercia y miseria en la construcción de Angola

En el fragmento 25 de *Los detectives salvajes*, Roberto Bolaño teje una aventura o un viaje literario que abarca el sur de África, con especial atención a Angola, y el oeste del continente, donde dirige la mirada hacia Liberia. A lo largo de esta narración, Bolaño despliega dos figuras centrales: Jacobo Urenda, un fotógrafo cargado de misterio, y Arturo Belano, el periodista errante. En la trama narrativa, se observa la incorporación de nuevos personajes que contribuyen al desarrollo de la trama. Entre ellos, se destacan Simone, la esposa de Urenda, un reportero de

² Chucho (2012) plantea los conceptos de «afroepistemología» y «afroepistemotética», centrados en la reivindicación y reconfiguración del pensamiento afrodescendiente como fundamento legítimo para construir saberes desde las experiencias, cosmovisiones y luchas históricas de estos pueblos. Chucho propone una ruptura con las epistemologías eurocéntricas y enfatiza la necesidad de metodologías afroepistemotéticas que surjan de la cotidianidad, los saberes ancestrales y la oralidad. Estas metodologías se reconocen como herramientas válidas y críticas para interpretar la realidad. Pretenden otorgar visibilidad a las voces afrodescendientes y generar marcos teórico-prácticos que respondan a sus contextos socioculturales, a fin de consolidar un paradigma de conocimiento situado, decolonial y comprometido con la transformación social en diálogo con África.

Paris-Match; un conductor local y un colega de la agencia Reuters. No obstante, son Urenda y Belano quienes, con su peso narrativo y su complejidad psicológica, se erigen como los ejes de este pedazo de texto, y trascienden lo accesorio para encarnar las contradicciones y búsquedas que definen la ontología del abismo³ en la novela.

Jacobo Urenda, rue du Cherche Midi, París, junio de 1996. Es difícil contar esta historia. Parece fácil, pero si rascas un poquito te das cuenta enseguida de que es difícil. Todas las historias de allá son difíciles. Yo viajo a África por lo menos tres veces al año, generalmente a los puntos calientes y cuando regreso a París me parece que todavía estoy soñando y me cuesta despertar, aunque se supone, al menos en teoría, que a los latinoamericanos el horror no nos impresiona tanto como a los demás (Bolaño, 1998: 555).

En este fragmento, Jacobo Urenda plantea que su historia personal funciona como un reflejo de las complejidades y los impedimentos históricos que definen el contexto africano, en contraste con el latinoamericano. A través de su discurso, aborda la complejidad inherente a la construcción de puentes entre las narraciones de ambos espacios geográficos. A primera vista, estas narraciones pueden parecer dispares, pero un análisis exhaustivo revela la intrincada trama que las une, caracterizada por violencias compartidas, aunque no repetibles. Urenda no se limita a examinar esta conexión fracturada, sino que profundiza en la naturaleza elusiva de la verdad y en cómo la memoria, obstruida por el trauma, se fragmenta en relatos discontinuos. Urenda sostiene que la experiencia latinoamericana se encuentra atravesada por una violencia constitutiva que resiste las representaciones lineales, un fenómeno que encuentra eco en su observación sobre África: «todas las historias de allá son difíciles» (Bolaño, 1998: 555). Esta analogía no solo subraya el peso de un pasado turbulento, sino que enfatiza la responsabilidad ética de confrontarlo ante nuevas realidades. De este modo, el diálogo entre las dos geografías mencionadas anteriormente mantiene una tensión intrínseca e insuperable: la incapacidad de evadir las secuelas históricas, aun cuando se intente trasladarlas a escenarios aparentemente ajenos: la experiencia vivida y la inevitabilidad de la experiencia similar en el nuevo contexto. De esta manera, el viaje a través de África adquiere, en este marco, un doble significado: emerge como un acto de resistencia contra el olvido de la identidad latinoamericana y, simultáneamente, como una empresa arriesgada que transforma el viaje en una metáfora de la aventura existencial.

³ Este apartado retoma la «necropolítica» de Mbembe (2003), donde la ontología del abismo surge como condición existencial que reduce la vida humana a materia desechable bajo regímenes políticos que instrumentalizan la muerte. Dicha ontología se materializa en la fusión liminal entre vida y no vida (esclavitud, ocupación colonial, miseria e inercia), mediante la cual se transforman cuerpos y territorios en zonas de sacrificio gestionadas por poderes difusos. En el contexto angoleño, esta precariedad radical anula la capacidad de acción de las personas y sitúa la existencia en un umbral de aniquilación permanente, donde las soberanías locales y los actores transnacionales deciden quién es arrojado al vacío a través de redes extractivas y discursos programados.

En su discurso, Urenda relata su experiencia personal como viajero entre el continente africano y París, y establece contrastes tanto geopolíticos como psicológicos. Los recorridos por los denominados «puntos calientes» (Bolaño, 1998: 555) de África, espacios percibidos como focos de tensión y conflicto, se yuxtaponen a su regreso a París, donde prevalece una persistente sensación de «estar soñando». Esta dualidad refleja un desarraigo existencial; la vivencia de habitar tierras incógnitas, alejadas de un hogar tangible y de una identidad clara⁴. La afirmación de que «a los latinoamericanos el horror no nos impresiona tanto como a los demás» (1998: 555) puede interpretarse desde dos ángulos: por un lado, se ironiza sobre el estereotipo de una resiliencia forzada, producto de la exposición histórica a la violencia y, por otro, se denuncia la alienación de quienes asimilan dicho discurso como parte de su identidad. Así, Urenda no solo cuestiona la normalización del horror, sino que señala que esta supuesta inmunidad es, en realidad, una «cicatriz colectiva» (Grecco y Crescentino, 2021). De este modo, el fragmento analizado entrelaza lo individual y lo histórico, el viaje físico y la experiencia subjetiva, y revela cómo la identidad latinoamericana oscila entre el desgarramiento de una memoria traumática, arraigada en contextos como el angoleño, y la dificultad de articularla en escenarios de violencia extrema.

El encuentro entre Jacobo Urenda y Arturo Belano en Angola refleja el vínculo enigmático que une a dos viajeros latinoamericanos en un contexto de desintegración social⁵. Las coincidencias biográficas, como fechas de nacimiento cercanas, el exilio político de sus países de origen y la admiración compartida por Cortázar y Borges, «nos gustaba Cortázar, nos gustaba Borges» (Bolaño, 1998: 556), delimitan una identidad transnacional forjada en el desarraigo. Sin embargo, esta camaradería se sustenta menos en las palabras que en los silencios. Urenda enfatiza «que no nos felicitamos mutuamente» (1998: 556), señalando que el reconocimiento mutuo se arraiga la melancolía, no en la celebración. La oración «los dos hablábamos un portugués que de ahí te quiero ver» (1998: 556), que alude a una comunicación pragmática y fragmentaria, simboliza la condición de improvisadores perpetuos de ambos personajes. Como supervivientes, navegan entre lenguas (español y portugués) y geografías, África, Europa y América Latina, y encarnan

⁴ Para una mejor comprensión de este punto, es necesario recurrir al ensayo de Segato (2002), en el cual se critica el pluralismo global por su tendencia a homogeneizar las identidades bajo un discurso de diversidad que no refleja la realidad. Por consiguiente, se hace necesario establecer una distinción entre alteridades históricas, conformadas en procesos nacionales específicos, con fracturas sociales únicas, e identidades políticas generadas por agendas globales que imponen categorías estandarizadas para la reivindicación de derechos. Segato advierte que las alteridades históricas, promovidas por agentes transnacionales, borran las particularidades locales y perpetúan jerarquías bajo una apariencia de inclusión.

⁵ Retamal (2020) describe el contexto de Angola durante el período de guerra civil como un abismo de inercia y miseria, que refleja la desarticulación del discurso nacional y los malentendidos sociales. Además, destaca que el texto de Pepetela, titulada *A Geração da Utopia*, retrata una «Ángola decadente», en la que los ideales y los esfuerzos nacionales están fragmentados, lo que se traduce en el perpetuo empeño de la población por definir su identidad frente a la devastación y el sufrimiento.

la precariedad de quienes habitan márgenes culturales. Esta dinámica retrata a una generación marcada por el colapso de los proyectos revolucionarios, donde el abismo trasciende lo existencial para volverse geopolítico. Urenda y Belano personifican al aventurero o viajero latinoamericano, un sujeto cuya identidad se define por la riqueza cultural y el desencanto, pero que habita espacios, como la Angola del relato, donde predominan la inercia y el estancamiento. Angola, en este sentido, opera como un espejo distorsionado que refleja, con crudeza, las frustraciones de un continente atrapado entre la memoria de la lucha y la imposibilidad de redención⁶.

La caracterización de Angola como un país «al borde del abismo o del colapso» (Bolaño, 1998: 556) se erige como una metáfora polisémica, que refleja no solo la inestabilidad de una nación, sino también la fractura de un continente y, por extensión, de un mundo, herido por el legado colonial y la violencia fratricida entre pueblos hermanos. Este «abismo o colapso» trasciende lo político para adquirir una dimensión ontológica, simbolizando la desolación existencial que permea tanto al territorio angoleño como a las vidas de Urenda y Belano, suspendidas entre la fuga y la resistencia. La divergencia fundamental entre ambos personajes radica en su capacidad de movilidad geográfica. Urenda, en su rol de fotógrafo de la «Agencia la Luna» (1998: 556), posee la posibilidad de retornar a París, un entorno caracterizado por su relativa seguridad, mientras que Belano se encuentra confinado en una triada de colapsos, entre Angola, Chile y México. Esta dicotomía manifiesta una jerarquía del viaje y la aventura. Urenda personifica al observador externo, aquel que documenta el horror sin experimentar una fusión con el mismo; en contraste, Belano se disuelve en el paisaje del horror y su destino evoca el de los poetas malditos que habitan las grietas de la historia. Este contraste, que trasciende la mera oposición de caracteres, se erige como una crítica implícita de Bolaño hacia las perspectivas externalistas predominantes sobre África, las cuales reducen el continente a estereotipos como el «abismo» o la «inercia de la noche de Luanda» (1998: 556). Al situar a Belano dentro del colapso, el alter ego del autor, Bolaño desestabiliza la posición privilegiada del intelectual que narra desde la distancia y cuestiona así las narrativas simplistas que reducen lo africano a un simple escenario de tragedia y exotismo.

El relato, en su funcionamiento, emerge como una exploración de la resonancia del trauma histórico latinoamericano en otras geografías marcadas por el

⁶ Para ilustrar este apartado, se puede recurrir a la lectura de Hoyos (2023) de *2666*, de Bolaño, en la que se identifica cómo la obra expone las jerarquías hegelianas occidentales, particularmente al representar África como un espacio mítico vinculado al caos y la muerte. No obstante, si bien Hoyos indica que la novela subvierte parcialmente dicho imaginario mediante la ironía y la parodia, su interpretación reproduce simultáneamente estereotipos coloniales. Esta hipótesis se ve refrendada por la presentación de los personajes y escenarios africanos y asiáticos de manera caricaturesca o genérica, lo que evidencia los límites de su imaginación geopolítica. A pesar de que la obra de Bolaño ha inspirado a autores africanos como Mbougarr Sarr (en *La plus secrète mémoire des hommes*), la recepción entusiasta de su narrativa contrasta con estas representaciones superficiales, que perpetúan una visión eurocéntrica y colonialista del África o «Sur Global».

sufrimiento colectivo. Por un lado, la figura de Belano, condenado a habitar el abismo, encarna la idea de que el colapso no es un evento puntual, sino un estado perpetuo para quienes carecen de un hogar al cual regresar y, por otro, Urenda, inmerso en un dilema ético-moral, se debate entre la posibilidad de retornar a París y la de continuar documentando el horror para fines periodísticos. Este dilema se centra en la cuestión de si la captura de imágenes constituye una forma de denuncia, o una explotación del dolor ajeno. El desplazamiento de ambos en Angola, si bien motivado por una labor profesional, se asemeja a una aventura debido al paisaje caótico que los rodea. Sin embargo, resulta notable que, a pesar de establecer paralelismos entre la realidad política angoleña y latinoamericana, los personajes omiten deliberadamente cualquier referencia al legado filosófico y literario del país. Esta exclusión resulta paradójica, pues una revisión crítica revela que la producción intelectual angoleña no solo es comparable a la de figuras como Borges y Cortázar, sino que dialoga directamente con las contradicciones poscoloniales que ambos autores latinoamericanos exploran⁷. La enmienda de esta omisión posibilitaría la deconstrucción del estereotipo de Angola como un mero escenario de caos, reconociendo, en su lugar, su capacidad como espacio en el que la expresión artística resiste ante el colapso.

En su análisis retrospectivo, Jacobo Urenda identifica una ambigüedad esencial en el comportamiento de Belano, manifestada en la coexistencia paradójica de su obsesión por la muerte y su férrea voluntad de supervivencia. En oposición a esta interpretación existencial, la pareja de Urenda, Simone, propone una perspectiva diametralmente opuesta y atribuye las acciones de Belano a un «espíritu aventurero» (Bolaño, 1998: 559), caracterizado por la audacia temeraria. Urenda sugiere que la determinación de Belano para desempeñarse laboralmente en Angola se basa en la búsqueda de una «muerte bonita» (1998: 558), conceptualizada como un enfrentamiento ritualizado con lo inevitable. Simone, por su parte, reinterpreta este mismo impulso como materialización de un ideal romántico de aventura. Sin embargo, ambos comparten una fascinación por lo marginal y lo impredecible del viaje y la aventura de Belano. Al evocar el escenario africano como marco para «historias raras» (1998: 559), Urenda y Simone destacan cómo este viaje/aventura simboliza la búsqueda constante de experiencias que trascienden lo convencional, propias de una conciencia que rechaza el conformismo. La representación de la muerte en el enigmático paisaje de Angola adquiere así una dimensión metafísica y opera como un reflejo de las obsesiones humanas al entrelazar la lógica del camino con interrogantes existenciales sobre el destino individual y colectivo.

⁷ Como señala Fonseca (2021), la literatura angoleña, si bien predominantemente centrada en la poesía, muestra una conexión significativa con la identidad nacional y la expresión cultural. No obstante, se destaca que la manifestación filosófica de esta literatura se refleja en la búsqueda de una voz propia y auténtica, que desafía las narrativas coloniales y celebra la riqueza cultural, que abarca desde la tradición oral hasta la escritura, así como la diversidad antropológica de Angola. Además, Fonseca destaca las contribuciones de figuras literarias de renombre como Agostinho Neto, Pepetela y Luandino Vieira, quienes han ejercido una influencia notable en el desarrollo de la literatura angoleña.

«No tardé en comprender que había aprendido la jerga, el argot de aquellas tierras en donde la vida no valía nada y que en el fondo era la única llave —junto con el dinero— que servía para todo» (Bolaño, 1998: 561). En este pasaje, Urenda condensa una revelación desilusionada: Belano ha asimilado el sistema lingüístico de una sociedad que reduce la existencia a transacciones pragmáticas, donde la vida humana se despoja de valor trascendente. Para Urenda, el dominio de dicha «jerga» y la posesión de capital emergen como mecanismos duales e imprescindible para operar en un sistema regido por la deshumanización. La reflexión aquí presentada trasciende lo accesorio al articular un desarraigo ontológico que permea el contexto angoleño. Urenda expone la lógica perversa que aprisiona a Bela y argumenta que, en los espacios donde «la vida no valía nada» (1998: 661), el lenguaje marginal, la «jerga», y el dinero son los únicos elementos vigentes. Se destaca que la supervivencia se reduce a un juego de códigos y recursos, borrando cualquier rastro de ética o dignidad. Este planteamiento refuerza la visión del paisaje africano como un no-lugar, una utopía, absurdo, dominado por la violencia estructural, la precariedad material y la alienación existencial. Angola emerge, así como una paradoja fundacional, manifestando una coexistencia entre el destino de expediciones comerciales y aventuras trascendentales, y una realidad cotidiana impregnada de una filosofía nihilista profundamente arraigada. El territorio, en su naturaleza reflexiva, funciona como un espejo distorsionado que refleja la complejidad de la condición humana, donde lo empresarial y lo existencial colisionan, revelando la futilidad de la búsqueda de sentido en un contexto que sistemáticamente lo anula.

El colapso dual: inseguridad y falta de libertades en Liberia

Burgos (2009: 123) analiza la obra de Bolaño como una estructura en la que la violencia se manifiesta de manera dual, denominándola «violencia fundadora o mítica» debido a su capacidad para desestabilizar órdenes establecidos y, simultáneamente, establecer nuevas estructuras sociopolíticas. Este fenómeno no se reduce a lo meramente destructivo, ya que Burgos enfatiza su carácter paradójicamente constructivo, pues el discurso violento actúa como agente catalizador de regeneración simbólica y reconfiguración de poder. Esta dialéctica entre horror y orden encuentra un correlato en el tratamiento de la libertad en *Los detectives salvajes*. Campo (2015: 85) propone que la libertad en la novela se define por la resistencia activa a los sistemas de dominación, encarnada en lo que conceptualiza como «subjetividad rimbauldiana»: una rebeldía poética inspirada en Arthur Rimbaud, donde la evasión física (desapariciones, vagabundeo) se traduce en una metáfora de libertad epistemológica. Los personajes, al denegar identidades estables y aventurarse en lo liminal, personifican una indagación existencial que subvierte las taxonomías impuestas por la modernidad. La libertad, por lo tanto, no se limita a un acto político, sino que se materializa a través de un proceso de

desaprendizaje de lo normativo, otorgando prioridad a la experiencia nómada como método para redefinir la existencia desde las fisuras y los márgenes. Ambos enfoques, la violencia regeneradora de Burgos y la libertad como fuga en Campo, convergen en una crítica a la estabilidad ilusoria de los sistemas hegemónicos en Bolaño. En este apartado, se aborda la violencia mítico-simbólica en la obra de Bolaño, la cual se caracteriza por su capacidad para fracturar la libertad y la seguridad, así como por desafiar las convenciones narrativas establecidas. Asimismo, se examina el modo en que Bolaño recurre a la subjetividad rimbaldiana como estrategia de exploración de los intersticios culturales y sociales, con el propósito de imaginar modos alternativos de habitar el mundo.

De lo expuesto, se desprenden dos ejes centrales en la expresión de Bolaño: la violencia y la subjetividad. Es pertinente señalar que la violencia presente en el discurso adopta una orientación fundacional en relación con un nuevo orden político, mientras que la libertad se articula mediante una subjetividad constructiva y disruptiva. Esta perspectiva establece, en cierta medida, los fundamentos para interpretar el espacio liberiano, caracterizado por una sensación de precariedad y restricción de libertades. En consecuencia, se plantea la siguiente interrogante: ¿la representación de Bolaño sobre dicho espacio encarna un discurso fundacional e innovador o, por el contrario, configura un escenario carente de vitalidad, regido por el absurdo? La ambivalencia se profundiza al considerar que el autor, como señala Reinoso (2012: 98), opera en «el territorio de lo marginal o liminal», lo cual tensiona su mirada entre lo fundante y lo decadente.

Jacobo Urenda llega a «Monrovia en abril de 1996» (Bolaño, 1998: 561) a bordo de un «barco» humanitario destinado a evacuar a ciudadanos europeos de una ciudad descrita como un «agujero» (1998: 562). Este dispositivo de auxilio, concebido para la asistencia a poblaciones en zonas de conflicto, traslada a Urenda y a otros compatriotas a un escenario de precariedad. Tras su llegada, son retenidos en la sede diplomática estadounidense, donde esperan un salvoconducto para abandonar el país. Esta circunstancia revela la ruptura del tejido social liberiano, un escenario de violencia sistemática que agrava la seguridad y anula la autonomía individual. Es pertinente observar que la metáfora del «agujero» trasciende lo geográfico para simbolizar una ausencia radical de la felicidad. Al operar en niveles emocionales y existenciales, evoca no solo la pérdida de un orden esencial, sino también un vacío que permea tanto a los liberianos como a los emigrantes, es decir, un deseo incumplido y una incompletitud que corroe toda noción de estabilidad⁸. En este sentido, Monrovia emerge como un espacio de ruptura con lo

⁸ Kieh (2004) argumenta que el conflicto bélico en Liberia (1989-1997) no solo ha agudizado la inestabilidad interna, sino que erosiona la confianza ciudadana en la posibilidad de alcanzar la libertad. Este fenómeno fortalece la hipótesis que sugiere que la confrontación, motivada por una convergencia de factores históricos, políticos, económicos, culturales y sociales, ha propiciado la rápida desintegración del aparato estatal. La violencia generalizada y el vacío de autoridad han precipitado el colapso de las instituciones y los mecanismos gubernamentales, los cuales demuestran

urbano convencional, donde la normalidad se desvanece y la plenitud se transforma en quimera. La ciudad, en su condición liminar, desafía las expectativas de habitantes y foráneos, y encapsula un drama colectivo, marcado por lo absurdo y la desarticulación de lo cotidiano.

«Un grupo de soldados liberianos, ninguno de los cuales tenía veinte años, nos escoltó hasta una casa de tres pisos [...]» (Bolaño, 1998: 562). Este fragmento sintetiza con crudeza el ciclo de violencia que ha desgarrado Liberia, ejerciendo un impacto corrosivo en los sectores más desprotegidos de la sociedad, en particular los jóvenes⁹. El enunciado «ninguno tenía veinte años» expresa la precocidad traumática de estos jóvenes, así como una dinámica perversa en la que la desesperanza y la ausencia de horizontes vitales impulsan el reclutamiento forzado de menores. En este contexto, la guerra se sirve de las debilidades estructurales tales como la coerción, la privación económica y la falta de alternativas para convertir a menores de edad en agentes involuntarios de su propia destrucción. La violencia, al comprometer la integridad de la estructura social y familiar, no solo priva a los adolescentes de su infancia, sino que también los convierte en actores activos del conflicto, desempeñado simultáneamente los roles de victimarios y víctimas. Así, el reclutamiento de menores no solo emerge como un subproducto de la guerra, sino que también se manifiesta como un mecanismo que perpetúa la inseguridad y anula cualquier posibilidad práctica de emancipación.

También el análisis de los discursos empleados por Urenda y sus colegas durante su gira por el interior de Liberia revela un repertorio léxico cargado de expresiones despectivas tales como «pobres negros» (Bolaño, 1998: 566), «mujer flaca» (Bolaño, 1998: 569), «este continente dejado de la mano de Dios» (Bolaño, 1998: 572), que operan como dispositivos retóricos para reforzar una narración de abyección estatal. Estas formulaciones no solo activan estereotipos raciales, corporales y geopolíticos, sino que cristalizan una mirada colonial implícita, especialmente durante las interacciones con comunidades locales y el posterior

ser incapaces de frenar la escalada del conflicto. El punto crítico de dicha ruptura se materializa con la captura y posterior ejecución del presidente Doe en 1990, episodio que simboliza el derrumbe definitivo del Estado liberiano. En su lugar, surgen estructuras de poder alternativas, como el Frente Patriótico Nacional de Liberia (NPFL, por sus siglas en inglés), liderado por Taylor, que capitaliza el vacío institucional. El conflicto bélico, propiciado por la insaciable la ambición desmedida de los líderes militares por ejercer tanto el poder y como el control de los recursos económicos, ha sumergido al país en un caos sistemático. Este escenario no solo ha ocasionado la devastación de las infraestructuras físicas, sino que también extingue cualquier expectativa de estabilidad y proyecto colectivo hacia la libertad, y consolida así un legado de desesperanza en la psique nacional.

⁹ De acuerdo con Ellis (1995), los jóvenes combatientes (en su mayoría adolescentes) que han participado en el conflicto liberiano se distinguen por una estética perturbadora, caracterizada por el uso de indumentaria femenina, accesorios excéntricos y, en numerosos casos, una edad tan temprana que confiere a la violencia un carácter grotesco y surrealista. Estas particularidades no pueden ser consideradas meras anécdotas, sino que se expresan como símbolos de una deshumanización meticulosamente orquestada. Agrupados en las denominadas «Small Boy Units», un eufemismo paramilitar para escuadrones infantiles, estos menores han sido moldeados por la lógica de la crueldad, internalizando códigos bélicos que normalizan la brutalidad como un ritual cotidiano.

retorno de los emigrantes a la capital, guiados por un chófer nativo. La denominación «pobres negros», por ejemplo, trasciende lo meramente descriptivo para proyectar una ontología de la dependencia, en la cual los liberianos son representados como sujetos reducidos a la mera supervivencia, eternos receptáculos de una caridad condicionada. Paralelamente, la alusión a la «mujer flaca» sintetiza una doble victimización: por un lado, la precariedad física como metáfora del desgaste bélico; por otro, la feminización de la fragilidad nacional, donde el cuerpo femenino encarna el emblema de una sociedad desnutrida, tanto material como simbólicamente. El enunciado culminante, «continente dejado de la mano de Dios» (1998: 574), no solo seculariza el imaginario religioso, sino que consagra a África como un territorio de exilio teológico. En el caso particular de Liberia, emerge como un no-lugar metafísico, donde la ausencia de lo divino justifica el abismo político. Esta construcción discursiva patologiza la desesperación y naturaliza la idea de un destino ineludible y sin intervención celestial en el que el país queda condenado a un perpetuo estado de orfandad histórica.

La enunciación de voces migrantes como forma de resistencia transfronteriza

En *Los detectives salvajes*, el espacio narrativo se construye a partir del viaje, la aventura y el abismo, pero también mediante la inercia y la incertidumbre que marcan la existencia de sus personajes. La obra no solo traza geografías, como las tierras africanas de Angola y Liberia, sino que otorga protagonismo a las voces migrantes que las habitan, convirtiendo el desplazamiento en un eje central de su identidad y su discurso (Mbembe, 2023). Hablamos de voces migrantes porque los personajes de Bolaño relatan sus viajes y aventuras por África, especialmente por Angola y Liberia. Por un lado, está Jacobo Urenda, un fotógrafo argentino afincado en París que se adentra en el continente en busca de fotografías que capturen su esencia y, por otro, Arturo Belano, un periodista chileno en constante movimiento, que persigue historias con las que revitalizar una línea editorial agotada. Como señala Badano (2012), los personajes de Bolaño encarnan la figura del «migrante marginal» ya que son seres condenados a habitar la «periferia» de un sistema opresivo, cuya única forma de resistencia es la búsqueda obsesiva de horizontes abiertos. Esta lucha existencial se manifiesta a través de prácticas como el periodismo y la fotografía, que se convierten en actos de rebelión contra el encierro. En este sentido, las voces de Urenda y Belano representan experiencias nómadas que trascienden las fronteras físicas y simbólicas de sistemas nacionales opresivos, ya sean argentinos, chilenos, angoleños o liberianos. Cabe destacar que este movimiento perpetuo se configura como un acto de resistencia política y una búsqueda existencial de libertad, donde el viaje y la aventura se convierten en una forma de liberación.

Al contrastar París y África en su expresión, Urenda plantea una dicotomía significativa: «París es distinto. La gente se aleja, la gente se va empequeñeciendo, y

uno tiene tiempo, aunque no quiera, de decirle adiós. En África no, allí la gente habla, te cuenta sus problemas, y luego una nube de humo se los traga y desaparece» (Bolaño, 1998: 556-557). Si bien este discurso reproduce una cierta mirada colonial al equiparar una metrópolis europea con la vastedad de un continente, el texto revela símbolos opuestos: París emerge como el espacio del silencio fracturado, la desconexión, la frialdad social, mientras que África se presenta como el territorio de la comunicación auténtica y el intercambio humano. Se destaca que el emigrante busca escapar de la hostilidad ambiental parisina para refugiarse en las geografías africanas, donde percibe que subsisten formas de sociabilidad primigenias y una relación más visceral con la existencia, aunque no exenta de crudeza.

En el siguiente fragmento, Urenda describe la visión experimentada tras la pérdida del rastro de Belano en Angola y el posterior reencuentro con éste en Liberia, acontecido meses después:

Físicamente estaba más flaco que en Angola, de hecho, estaba en los huesos, pero su apariencia no era enfermiza sino saludable o eso me pareció a mí en medio de tanta muerte. Tenía el pelo más largo, probablemente se lo cortaba él mismo, y la ropa era la de Angola, solo que infinitamente más sucia y estropeada. No tardé en comprender que había aprendido la jerga, el argot de aquellas tierras en donde la vida no valía nada y que en el fondo era la única llave —junto con el dinero— que servía para todo (Bolaño, 1998: 560-561).

En este fragmento, Urenda retrata a Belano como un individuo frágil, pero que, de manera paradójica, disfruta de una salud impecable en un territorio asolado por conflictos. Según su relato, la apariencia de Belano sugiere un personaje que se afeita de manera autónoma y aparentemente utiliza las mismas prendas al trasladarse entre Angola y Liberia. Este rasgo se manifiesta en su inclinación a utilizar vestimentas en condiciones de deterioro y suciedad, las cuales evocan la indumentaria característica de su lugar de procedencia más reciente, Angola. Urenda añade que el estilo de Belano refleja al emigrante que adopta la lengua local como herramienta vital, incluso más que la supervivencia misma, pues es este dominio lingüístico el que le brinda acceso a oportunidades en esa región de África.

Se observa que la mirada de Urenda sobre Belano, dos emigrantes que se reflejan en un espejo fracturado, revela una cartografía mental plagada de distorsiones: por un lado, una conciencia geográfica distorsionada¹⁰ y, por otro, una conciencia

¹⁰ En mi artículo «Cubanidad, exiliado y artista en *La memoria del agua* de Héctor Santiago» (Noa, 2023), propongo que la «conciencia geográfica» se articula mediante narrativas ficcionales que delinean y materializan una identidad transnacional o fronteriza. Esta conciencia actúa como un dispositivo discursivo mediante el cual el emigrante o exiliado reconfigura críticamente las prácticas históricas y las rutinas cotidianas de la nación de origen, transformándolas en un archivo simbólico de resistencia. En universo narrativo de Bolaño, sin embargo, esta conciencia adquiere un matiz dislocado porque los países de acogida son representados no como meros escenarios, sino como geografías corrompidas y hostiles, espacios donde la alteridad se traduce en una amenaza existencial.

lingüístico-mercantilista. La conciencia geográfica sesgada se manifiesta en la concepción del emigrante, que interpreta el espacio angoleño-liberiano como una realidad deformada y estereotipada, capaz de engendrar un personaje mimético. Esta visión refuerza la noción de individuos caracterizados por su pobreza y fragilidad intrínsecas, cuya condición parece trascender su ubicación geográfica. En lo que respecta a la conciencia lingüístico-mercantilista, el discurso del emigrante refleja una percepción en la que se reduce el aprendizaje de idiomas a una mera herramienta comercial, justificando así su permanencia en dichos territorios. Para dichos individuos, la vida se reduce a una aventura pragmática, en la que el dominio de la lengua vernácula se erige como un elemento esencial para garantizar la supervivencia. Angola y Liberia emergen, así como espacios fantasmagóricos, regiones donde lo humano se desdibuja entre la esterilidad y lo monstruoso.

Brownsville, una aldea liberiana pequeña y marginal, se presenta como el escenario de un reencuentro conflictivo en el que la angustia de Urenda y Belano trasciende lo personal, y es síntoma de una condición liminar, propia de quienes habitan entre fronteras geográficas y psicológicas fragmentadas.

Por un momento mis nervios casi me traicionaron. Creo que Belano se dio cuenta y me palmeó la espalda y luego dijo mi nombre. Después nos estrechamos las manos. Las mías, lo noté con horror, estaban sucias de sangre. Las de Belano, y esto también lo percibí con una sensación parecida al horror, estaban inmaculadas (Bolaño, 1998: 571-572).

Este fragmento refleja el trauma que sufre Urenda tras la muerte del reportero italiano Luigi, abatido a tiros por un desconocido dentro del Chevy. Belano, el periodista chileno con el que se ha cruzado antes en Luanda y Kigali, intenta reconfortarle en ese momento tan devastador. Al estrecharse las manos, se percatan de que sus manos llevan la huella de la sangre: las de Urenda están ensangrentadas y las de Belano, limpias, pero igualmente simbólicas. Ese contraste no solo subraya el horror vivido en las aldeas liberianas, sino también la culpa, la complicidad y la extraña solidaridad que surge entre quienes sobreviven a lo indecible. Se destaca que el emigrante, Urenda, narra los horrores vividos durante su travesía por Liberia y articula un discurso que oscila entre la justificación de su supervivencia y la representación simbólica del trauma. Por un lado, a pesar del temblor y las manos «sucias de sangre», vestigios físicos del conflicto armado, insiste en explicar su existencia como resistencia —«una canción de Atahualpa Yupanqui» (Bolaño, 1998: 574)— frente al horror que ha padecido en su tierra natal, Argentina; por otro, su compañero Belano, testigo de los mismos horrores, trasciende lo literal: la sangre, en él, ya no es mera huella de culpa o sufrimiento, sino un lenguaje cifrado, una metáfora que condensa la memoria colectiva liberiana o chilena

Se destaca que la distorsión percibida en dichos territorios no constituye un fenómeno pasivo porque opera como un lente distorsionante que simboliza las tensiones irresueltas entre pertenencia y el desarraigo del personaje.

de lo vivido. Esta dualidad revela las estrategias heterogéneas mediante las cuales los emigrantes latinoamericanos procesan lo innombrable: uno se aferra a la crudeza del hecho, el otro lo sublima en símbolo, pero ambos están atrapados en la misma conciencia geográfica de la aventura.

Conclusiones

La representación de África en *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño emerge como un espacio simbólico en el que convergen diversas dimensiones críticas, entre las que se incluyen la reflexión sobre el legado del colonialismo, la exploración del trauma histórico, la resistencia estética, las aventuras y los viajes antropológicos. A través de Angola y Liberia, Bolaño no solo retrata la miseria, la violencia y el abismo existencial, sino que vincula estos elementos con las heridas compartidas entre América Latina y África, y desafía las narrativas distorsionadas que simplifican ambas geografías. Los personajes Urenda y Belano, en su condición de migrantes marginales, encarnan la tensión entre la observación distante y la inmersión en el horror, y revelan cómo la literatura cuestiona las miradas estereotipadas, mientras expone las cicatrices de sistemas opresivos transnacionales.

El enfoque metodológico transcultural y circular empleado en el análisis permite desentrañar la expresión filosófico-literaria de la obra e integra perspectivas latinoamericanas y afrodiaspórica para destacar conexiones y fricciones entre ambas tradiciones. Este acercamiento no solo enriquece la interpretación del texto de Bolaño, sino que también subraya la importancia de establecer conexiones entre literaturas del Sur global desde epistemologías de la vecindad y evitar esencialismos. Por ello, el artículo propone una reflexión sobre el papel de la literatura en la deconstrucción de imaginarios coloniales y en la articulación de voces migrantes que resisten desde los márgenes. No obstante, resulta imperativo continuar debatiendo sobre la forma más adecuada de abordar la escritura sobre realidades complejas sin incurrir en simplificaciones históricas, así como sobre la necesidad de ampliar los diálogos entre las literaturas del Sur global con el propósito de reconstruir narrativas más inclusivas y críticas. En última instancia, el texto de Bolaño, analizado desde esta perspectiva, emerge como un testimonio literario que demuestra cómo el arte puede constituir un acto de resistencia y reinención frente a las fracturas de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- BADANO, C. M. (2012): «Roberto Bolaño: la estética polifónica del multiculturalismo», *Rumbos del hispanismo en el umbral del Cincuentenario de la AIH*, pp. 513-518.

- BOLAÑO, R. (1998): *Los detectives salvajes*, Anagrama, Barcelona.
- BURGOS, C. (2009): «Roberto Bolaño: la violencia, el mal, la memoria», *Nuevo texto crítico*, 22, 42, pp. 123-144.
- CAMPO, J. B. (2014): «Ulises y Rimbaud en Roberto Bolaño. *Los detectives salvajes*», *Romanische Studien*, 1, pp. 85-110.
- CHUCHO, G. J. (2012): «Afroepistemología y afroepistemológica», *Conocimiento desde adentro. Los afrosudamericanos hablan de sus pueblos y sus historias*, Universidad del Cauca, pp. 77-92.
- ELLIS, S. (1995): «Liberia 1989-1994: A study of ethnic and spiritual violence», *African Affairs*, 94, 375, pp. 165-197.
- FONSECA, S. M. (2021): «A literatura angolana», *Literáfricas*, pp. 1-15.
- GONZÁLEZ, D. G. (2008): «Un asunto tenebroso. La construcción del sujeto literario en Roberto Bolaño», *Anales de literatura chilena*, 10, pp. 165-178.
- HOYOS, H. (2023): «El otro sur global de Roberto Bolaño: África y Asia como tema público», *Revista Chilena de Literatura*, 108, pp. 315-330.
- KIEH, G. K. (2004): «Irregular warfare and Liberia's first civil war», *Journal of international and Area Studies*, pp. 57-77.
- LAERA, A. (2019): «Más allá del mundo: imaginación transtemporal para un cierto modo de habitar los confines», *World Literature, Cosmopolitanism, Globality: Beyond, Against, Post, Otherwise*, pp. 141-151.
- MBEMBE, A. (2011): *Necropolítica*, Editorial Melusina, Barcelona. Trad. de E. Falomir Achambault.
- MBEMBE, A. (2023): *La communauté terrestre*, La Découverte, Paris.
- NOA BELA, C. D. (2023): «Cubanidad, exiliado y artista en *La memoria del agua* de Héctor Santiago», *La Palabra*, 45, pp. 1-14.
- POLAR, A. C. (1999): «Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo», *Revista de crítica literaria latinoamericana*, 25, 50, pp. 9-12.
- REINOSO, O. O. (2012): «La escritura desterritorializada: dos insufribles discursos de Roberto Bolaño», *Kipus: Revista Andina de Letras y Estudios Culturales*, 31, pp. 97-109.
- RETAMAL, G. (2020): «Los conflictos de identidad angolana en *A Geração da Utopia* de Pepetela», *Izquierdas*, 49, pp. 90-103.
- SEGATO, R. L. (2002): «Identidades políticas/Alteridades históricas una crítica a las certezas del pluralismo global», *RUNA, archivo para las ciencias del hombre*, 23, 1, pp. 239-275.
- SISKIND, M. (2019): «Towards a cosmopolitanism of loss: an essay about the end of the world», *World Literature, Cosmopolitanism, Globality: Beyond, Against, Post, Otherwise*, pp. 205-235.

- WALKER, S. (2012): «Introducción. Recolectando los pedazos de Osiris/Recomponiendo el rompecabezas. La diáspora africana en la América del Sur hispanohablante», *Conocimiento desde adentro. Los afrosudamericanos hablan de sus pueblos y sus historias*, Universidad del Cauca, pp. 11-75.
- ZAVALA, O. (2015): *La modernidad insufrible: Roberto Bolaño en los límites de la literatura latinoamericana contemporánea*, The University of North Carolina, Chapel Hill.